

tacados. Hombres y mujeres que creyeron en unos ideales y que se comportaron de acuerdo con ellos. El autor no se decanta por ninguno de ellos y ese alejamiento desapasionado es de agradecer en beneficio de la autenticidad del relato.

Se hace también un enorme hincapié, que se agradece, en las anécdotas y en las historias menudas, para que el lector no se aburra y continúe con la lectura. En este punto habrá que poner en valor la afición que el autor tiene por el deporte de la bicicleta, porque son varias las comparaciones que se hacen con este deporte a lo largo de la narración. Y poner en valor también la ausencia de referencias y notas a pie de página, lo que facilita una lectura ágil.

Lo que sí he podido echar en falta es una exposición más extensa sobre los últimos años de la historia del nacionalismo vasco. En un epílogo breve el autor zanja de pasada, por ejemplo, la mayor escisión que el PNV ha sufrido a lo largo de su historia a finales de los años 80. Son miles las anécdotas que se dieron en aquel divorcio fratricida, que podrían haberse contado y que el profesor De Pablo conocerá muy bien. Desde cómo mandó parar el coche oficial el entonces todavía lehendakari, Carlos Garaikoetxea, a la salida de una asamblea nacional del PNV en Artea, Vizcaya, al escuchar que le llamaban traidor; o cómo señoras, bien emperifolladas, se daban de paraguazos por la propiedad de los batzokis.

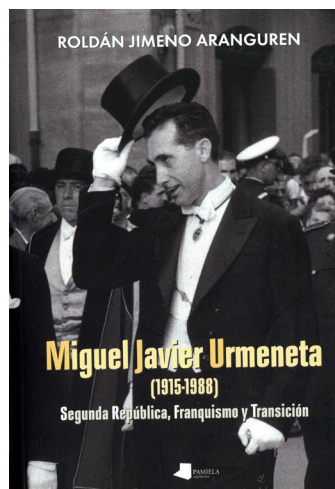
En resumidas cuentas, *La patria soñada* viene a ocupar un espacio en la historiografía vasca: un espacio importante, no sólo por sus contenidos, que también, sino por el esfuerzo de síntesis que ha supuesto al profesor De Pablo para hacer de ella un trabajo próximo a un público que desconoce todavía muchas de las historias de “uno de los movimientos políticos más particulares e interesantes de la Europa contemporánea”.

José María LOGROÑO  
ZUBILLAGA

**Miguel Javier Urmeneta (1915-1988). Segunda República, Franquismo y Transición**

Roldán Jimeno Aranguren

Pamiela, Arre (Navarra), 2015, 589 págs.



Roldán Jimeno es un joven historiador e historiador del Derecho bien conocido tanto por la veintena de libros que ha escrito como por su labor al frente de la Fundación de Derecho Histórico y Autonómico de Vasconia, de cuyo anuario, *Iura Vasconiae*, es coordinador. Dirige asimismo la colección de *Obras Completas* de su padre, el historiador y etnólogo José María Jimeno Jurío.

Me atrevo a afirmar que esta biografía de un personaje a la vez complejo e imprescindible en la historia del siglo XX navarro, como es Miguel Javier Urmeneta Ajarnaute, es la más madura de las obras hasta ahora publicadas por el joven profesor de la Uni-

versidad Pública de Navarra. Basada en gran número de fuentes archivísticas, hemerográficas y orales, y teniendo también en cuenta toda la bibliografía publicada, la obra se organiza, como suele suceder en las biografías, cronológicamente, en trece capítulos. Les precede un breve prólogo de David Mariezkurrena Iturmendi y la introducción del autor, “Redescubrir a Miguel Javier Urmeneta en su centenario”. El epílogo, “Destellos de la Medalla de Oro de Navarra”, es un buen ejemplo de cómo hacer historia “en tiempo de memoria”.

Le sigue un valiosísimo “Apéndice documental”, en el que se recogen las *Memorias inacabadas* de Urmeneta de 1982 con un Adenda de 1984, que quizá hubiera sido mejor publicar como libro exento, continuación de los dos tomos de *Memorias* de Urmeneta que había publicado también Pamiela en 1989 y 1991. Después, el aparato crítico (1.389 notas), las fuentes y la bibliografía. Este lector hubiera agradecido que las notas se publicaran a pie de página y no al fin del volumen y también la confección de un índice onomástico final. El libro está muy bien ilustrado con fotografías y acuarelas y dibujos del propio Urmeneta.

Decía al comienzo que Urmeneta es un personaje complejo: estudiante fundador de la nacionalista vasca *Naparroako Euzko Ikasle Batza*, publicista, junto con su padre Ataúlfo, en el semanario *Amayur* que dirigía José Agerre Santesteban, cuando se produce el golpe militar de 1936

decide, como muchos otros nacionalistas navarros y alaveses, alistarse en el Requeté. Por más que dicha decisión no impida la instrucción de los correspondientes procesos de responsabilidades políticas contra sus familiares más directos, Urmeneta prosigue el camino emprendido: al acabar la Guerra Civil decide seguir en el Ejército español, participa con la División Azul en la Segunda Mundial (1941-1943), siendo condecorado con la Cruz de Hierro alemana, se forma en la Escuela de Estado Mayor (1944-1947) y es el primer diplomado español de Estado Mayor que amplía estudios en Fort Leavenworth (EEUU).

Aunque siempre –al menos hasta que decidió presentarse a las elecciones de 1977 con el Frente Navarro Independiente (FNI)– mantuvo su relación con el Ejército, en 1954 se produjo el que quizá fuera el giro más importante de su trayectoria vital. Fallecido su padre a finales del año anterior, Miguel Javier se convertía en cabeza de una extensa familia (su madre murió meses después) y ello le llevó a optar, con éxito, a suceder a don Ataúlfo como Director de la Caja de Ahorros Municipal de Pamplona, puesto que no abandonaría hasta su jubilación en 1982. Pocos años después, en 1957, Urmeneta casaría con la pamplonesa Conchita Ochoa Irigoyen quien, como señala el autor, no era de familia nacionalista vasca. Solo su labor en la Caja merecería una monografía, pero Urmeneta participa desde su vuelta a Navarra en otras

muchas instituciones, como el Consejo Foral Administrativo, el Consejo Económico Sindical, la Sección de Estudios Económicos de Navarra de Príncipe de Viana y la Sección de Fomento del Vascongado de Príncipe de Viana, presidida por cierto por José Esteban Uranga, padre del durante tantos años director de *Diario de Navarra*, José Javier Uranga Santesteban, recientemente fallecido, y de su hermano Juan Luis, también durante años ligado a la Caja de Ahorros de Navarra.

Ahora bien, en el plano político, los tres capítulos más importantes de la vida de Urmeneta estaban aún por llegar: me refiero a su etapa como alcalde de Pamplona (1958-1964), diputado foral (1964-1971) y a su esfuerzo por preparar el cambio político en Navarra, entre 1971 y 1975 primero, cuando quiere sin éxito alcanzar la vicepresidencia de la Diputación, y en 1976-1982, con su apuesta, nuevamente fracasada, por hacer del FNI una fuerza política decisiva en las elecciones legislativas de 1977.

Durante su etapa como alcalde fomenta la creación de industrias y renueva la política urbanística, consiguiendo que la Ciudadela revirtiera a la ciudad. Se construyó el embalse de Eugui para asegurar el abastecimiento de agua de Pamplona, se constituyó en Universidad el Estudio General de Navarra y se le cedieron los terrenos del actual campus y se logró el hermanamiento de Pamplona con Bayona. En enero de 1964 Urmeneta presentó su dimisión como alcalde, pero pocos

meses antes, en noviembre de 1963, ganó las elecciones a concejal encabezando la candidatura carlista por el Tercio Familiar, acompañado de Félix Huarte y José Gabriel Sarasa. Era el paso imprescindible para presentarse a las elecciones a diputado foral.

Urmeneta, explica Jimeno, “apostó por cambiar Navarra desde la Diputación” junto con el veterano empresario Félix Huarte –biografiado en 1997 por Javier Paredes– y lo consiguió sobre todo a través del Plan de Promoción Industrial, que permitió que Navarra, que apenas había podido aprovecharse de los resultados del Plan Nacional de Estabilización de 1959, consiguiera con dicha iniciativa unos resultados similares a los logrados por los polos de desarrollo diseñados por el Primer Plan de Desarrollo del Estado, impulsado por el ministro López Rodó.

Menos conocido –y no del todo claro a pesar de las explicaciones del autor– es el intento de Urmeneta, en 1973, de aspirar a la vicepresidencia de la Diputación, intento hecho imposible por “la maniobra del sector más reaccionario del Régimen franquista”: no solo el gobernador civil, sino también los partidarios de colocar en aquel puesto clave a Jesús Aizpún Tuero, futuro fundador de UPN. Al final, en las elecciones forales de 1974 no pudo presentarse Urmeneta, pero tampoco Aizpún; la vicepresidencia de la máxima institución navarra quedó en manos del “sempiterno” Amadeo Marco y esta circunstancia dificultó mucho –en ello hay coincidencia

general–el proceso de transición a la democracia en Navarra.

La última gran contribución de Urmeneta a la política navarra se produjo en los años de la transición. Desde su época como diputado foral, “no dudó en establecer puentes políticos personales con su antiguo partido político”, especialmente a través del contacto con Manuel de Irujo. En abril de 1976 expuso en el ciclo de conferencias Navarra ante el futuro una síntesis de su visión de la historia y el presente de Navarra: subrayó “la conciencia vasca del Estado de Navarra”, afirmó que el nacionalismo vasco había tenido “el gran mérito en Navarra de haber mantenido las bases del espíritu vasco, el que originó el reino once siglos antes” y, sin mostrarse partidario de la independencia respecto a España, sí lo era de la reintegración foral plena, lo que suponía “volver a la situación anterior al Convenio de Vergara de 1839, siempre con las lógicas actualizaciones”.

Con esa “doctrina política”, con la que Miguel Javier Urmeneta “abogaba por una posición intermedia” en las polémicas de los años setenta –“ni Navarra de espaldas a Euskadi, ni Navarra, una más, en Euskalherria”– y aprovechando que los tribunales le dieron la razón en el pleito de 1973 y Urmeneta volvió a ser concejal de Pamplona entre marzo de 1976 y mayo de 1978, el ya veterano político navarro apostó por una agrupación de políticos independientes, al margen de partidos viejos y nuevos (PSOE, PNV, UCD, ORT, ESEI, etc.), que se denominó Frente Navarro

Independiente, de doctrina centrista –véase su programa en pp. 344-349 del libro– y basada en la candidatura al Ayuntamiento de Pamplona victoriosa en 1976 (además de Urmeneta, Tomás Caballero, Segundo Valimaña y Jesús Etayo) y en otros nombres muy conocidos en la vida pública navarra como Víctor Manuel Arbeloa. Como es sabido, el FNI cosechó una sonora derrota y con ella concluyeron los intentos de su ideólogo por influir directamente en la política navarra.

Pero el balance de la trayectoria política y vital de Miguel Javier Urmeneta en modo alguno puede considerarse negativo. Además de ser uno de los principales protagonistas de la industrialización y modernización económica de Pamplona y Navarra –asunto en el que, por resultar sobradamente conocido, no he incidido más–, el libro de Roldán Jimeno pone de manifiesto la gran importancia de su papel en el fomento de la lengua y la cultura vasca, de su labor como director de la Caja de Ahorros de Pamplona y de su apoyo a tantas iniciativas ciudadanas que es imposible recoger aquí, pero que explican su gran popularidad en la vida pública de Pamplona y de Navarra.

Debo concluir. Si bien el libro de Roldán Jimeno ofrece, a través de la biografía de Urmeneta, una completa –en muchos momentos, abrumadora, y siempre abriendo caminos a la futura investigación– perspectiva de la vida de Navarra desde los años treinta hasta los ochenta del siglo pasado, quedan afirmaciones –en

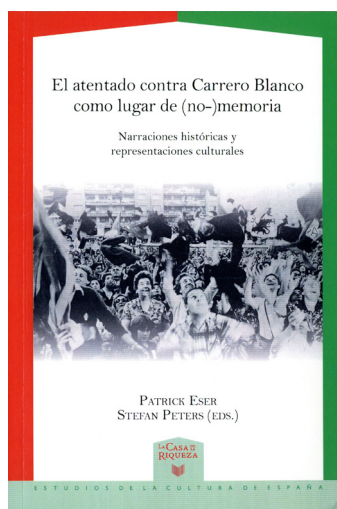
la mayor parte de los casos no de Jimeno sino de Urmeneta en sus memorias— que deben fundamentarse más. Por otro lado, aunque el autor conoce y cita la abundante bibliografía existente sobre los muy variados aspectos de la vida navarra que se abordan en el libro, pocas veces nos informa sobre la diferente calidad—desde las contribuciones de historiadores profesionales prestigiados como él hasta las obras periodísticas de poco rigurosa metodología e imparcialidad— de las obras que maneja. Esta deficiencia es fruto probablemente de lo improbable del esfuerzo realizado a partir de tan variadas e importantes fuentes porque, como decía al comienzo de estas líneas, basta con leer el apretado epílogo del libro para estar seguro de la capacidad crítica y de la voluntad de objetividad de Rolán Jimeno.

Ignacio OLÁBARRI  
GORTÁZAR

***El atentado contra Carrero Blanco como lugar de (no-)memoria. Narraciones históricas y representaciones culturales***

Patrick Eser y Stefan Peters (eds.)

Madrid/Frankfurt, Iberoamericana/Editorial Vervuert, 2016, 282 págs.



Dentro de la amplísima bibliografía existente sobre el atentado de Carrero Blanco, esta obra colectiva destaca entre ellas no solo por su rigor académico, sino también por su enfoque original y atrevido. Su objetivo, explicitado en el título, es analizar el acontecimiento del atentado contra Carrero Blanco como lugar de (no-)memoria. Sus editores, Patrick Eser y Stefan Peters, plantean esta tesis partiendo de la constatación de una paradoja, la de que “a pesar de la relevancia que tuvo el magnicidio

en su época, argumentamos que actualmente se encuentra sub-representado en las narraciones del pasado reciente de España” y ahora es “un suceso que casi nadie quiere o se atreve a recordar”. Se trata de un objetivo ambicioso y valiente que es resuelto de forma satisfactoria e interdisciplinar por diecisiete académicos a lo largo de trece capítulos. Ambicioso, por la dificultad añadida que entraña el estudio de una ausencia (frente al estudio de las presencias), en este caso, la ausencia o desdibujamiento del atentado en la memoria colectiva y en las narraciones historiográficas; y valiente, por analizar con rigor académico y sin maniqueísmos un hecho histórico tan polémico en la democracia española actual. Su carácter polémico se debe a que, tal y como ciertamente afirman Eser y Peters, “los ‘lugares de (no-)memoria’ suelen tener una carga histórica que contradice la interpretación hegemónica o la desacomoda. Sea porque duela, porque dé un tropezón a la coherencia de la narración hegemónica o porque la contradiga”.

Efectivamente, y tal y como se desgana en las páginas de libro, fue el atentado más importante de la historia de ETA y uno de los que más legitimidad dio a la organización terrorista, al hacerlo contra el presidente del gobierno de la dictadura franquista, el almirante Carrero Blanco, principal hombre de confianza del dictador y encargado de garantizar la continuidad del régimen tras la muerte de Franco. Los contemporáneos vieron en el